

AÑO I. — NUMERO 3

: 18 Agosto 1929 :

ALMINAR

NUMERO SUELTO

:—: 50 céntimos :—:

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

===== de la Provincia de Jaén =====

DIRECTOR: RAMÓN FERREIRO

Redacción y Administración: Trinidad, 67.— U B E D A



UBEDA.—Fachada principal de la Sacra Capilla del Salvador.—A la izquierda el antiguo palacio de los Marqueses del Donadío, recientemente adquirido por el Ayuntamiento y destinado a hospedería para turistas.

(Foto Baras)



S O C I E D A D

El pasado día 15, festividad de la Asunción, se celebró en el jardín de la calle Jurado Gómez, la Verbena organizada por la hermandad «La entrada de Jesús en Jerusalén», que resultó animadísima, debido a la labor de organización del señor Parra López, presidente efectivo de dicha hermandad.

Marcharon a San Sebastián, los señores de Cerquella y sus bellísimas hijas.

Ha sido nombrado corresponsal de los diarios «El Sol» y «La Voz», de Madrid, nuestro querido amigo don Francisco Ortega, redactor-jefe de «La Provincia».

Reciba nuestra cordial enhorabuena.

Estuvo en Jaén el laureado pintor don Cristóbal Ruiz.

Salieron para Piedra Hita, el ilustre presidente de la Asamblea Nacional, don José Yanguas Messía y su distinguida y bella esposa.

Se encuentra nuevamente en Linares, después de su viaje a Madrid y Sierra del Guadarrama, nuestro querido compañero en la prensa don Federico Forcada, redactor-jefe de «Diario Regional» y estimado colaborador nuestro.

Saludamos a nuestro buen amigo D. Cástor Alcalá, de Peal de Becerro.

Para tratar de asuntos relacionados con el monumento que se ha de erigir, al ilustre General Saro, Gobernador Militar de Madrid, estuvo en Ubeda, el notabilísimo escultor don Jacinto Higuera.

Se encuentra en Ubeda doña Rosario Pasquau de Pasquau.

Ha marchado a pasar unos días en su finca de campo, el alumno de la Escuela de Caminos, nuestro querido amigo don Miguel Martínez Catena acompañado de sus primos, don Pedro y don Ramón Iglesias.

Se encuentra en Cestona, el Rector del Colegio de los Hijos del Corazón

de María, R. P. Teodomiro Rebolledo.

Se encuentran en Ubeda nuestros buenos amigos don Francisco y don José Campos.

Ha marchado a Cádiz, la bella señorita Pura de Castro, acompañada de su hermano don Domingo.



EL MIEDO

(Narración de D. Ramón M. del Valle Inclán)



se largo y angustioso escalofrío que parece mensajero de la muerte, el verdadero escalofrío del miedo, solo lo he sentido una vez.

Fué hace muchos años, en aquel hermoso tiempo de los mayorazgos, cuando se hacía información de nobleza para ser militar. Yo acababa de obtener los cordones de Caballero Cadete. Hubiera preferido entrar en la Guardia de la Real Persona; pero mi madre se oponía, y, siguiendo la tradición familiar, fui Granadero en el Regimiento del Rey. No recuerdo con certeza los años que hace, pero entonces apenas me apuntaba el bozo, y hoy ando cerca de ser un viejo caduco.

Antes de entrar en el regimiento, mi madre quiso echarme su bendición. La pobre señora vivía retirada en el fondo de una aldea, donde estaba nuestro Pazo solariego, y allí fui sumiso y obediente. La misma tarde que llegué mandó en busca del Prior de Brandeso para que viniese a confesarme en la capilla del Pazo. Mis hermanas María Isabel y María Fernanda, que eran unas niñas, bajaron a coger rosas al jardín, y mi madre llenó con ellas los floreros del altar. Después me llamó en voz baja para darme su devocionario y decirme que hiciese examen de conciencia.

—Vete a la tribuna, hijo mío.. Allí estarás mejor...

La tribuna señorial estaba al lado del evangelio y comunicaba con la biblioteca. La capilla era húmeda, tenebrosa, resonante. Sobre el retablo campeaba el escudo concedido por ejecutorias de los Reyes Católicos al señor de Bradomín, Pedro Aguiar de Tor, llamado *el Chivo*, y también *el Viejo*. Aquel caballero estaba enterrado a la derecha del altar; el sepulcro tenía la estatua orante de un guerrero.

La lámpara del presbiterio alumbraba día y noche ante el retablo, labrado como joyel de reyes; los áureos racimos de la vid evangélica parecían ofrecerse cargados de fruto. El santo tutelar era aquel piadoso Rey Mago que ofreció tierra al Niño Dios: su túnica de seda bordada de oro brillaba con el resplandor devoto de un milagro oriental. La luz de la lámpara, entre las cadenas de plata, tenía tímido aleteo de pájaro prisionero, como si se afanase por volar hacia el santo.

Mi madre quiso que fuesen sus manos las que dejaran aquella tarde a los pies del Rey Mago los floreros cargados de rosas, como ofrenda de su alma devota. Después, acompañada de mis hermanas, se arrodilló ante el altar. Yo, desde la tribuna, solamente oía...

que guiaba moribunda las avemarías; pero cuando a las niñas les tocaba responder, oía todas las palabras rituales de la oración.

La tarde agonizaba y los rezos resonaban en la silenciosa oscuridad de la capilla, hondos, tristes y augustos, como un eco de la Pasión. Yo me adormecía en la tribuna. Las niñas fueron a sentarse en las gradas del altar; sus vestidos eran albos como el lino de los paños litúrgicos. Ya sólo distinguía una sombra que rezaba bajo la lámpara del presbiterio: era mi madre; sostenía entre sus manos un libro abierto y leía con la cabeza inclinada. De tarde en tarde, el viento mecía la cortina de un alto ventanal; yo entonces veía en el cielo, ya oscuro, la faz de la luna, pálida y sobrenatural, como una diosa que tiene su altar en los bosques y en los lagos...

Mi madre cerró el libro dando un suspiro, y de nuevo llamó a las niñas. Vi pasar sus sombras blancas a través del presbiterio y columbré que se arrodillaban a los lados de mi madre. La luz de la lámpara temblaba con un débil resplandor sobre las manos, que volvían a sostener abierto el libro. En el silencio, la voz leía piadosa y lenta. Las niñas escuchaban, y adiviné sus cabelleras sueltas sobre la albura del ropaje, y cayendo a los lados del rostro iguales, tristes y nazarenas. Habíame adormecido, y de pronto me sobresaltaron los gritos de mis hermanas. Miré y las ví en medio del presbiterio abrazadas a mi madre. Gritaban despavoridas. Mi madre las asió de la mano y huyeron las tres. Bajé presuroso. Iba a seguirlas y quedé sobrecogido de terror. En el sepulcro del guerrero se entrechocaban los huesos del esqueleto. Los cabellos se erizaron en mi frente. La capilla había quedado en el mayor silencio, y oíase distintamente el hueco y medroso rodar de la calavera sobre su almohada de piedra. Tuve miedo como no lo he tenido jamás; pero no quise que mi madre y mis hermanas me creyesen cobarde, y permanecí inmóvil en medio del presbiterio, con los ojos fijos en la puerta entreabierta. La luz de la lámpara oscilaba. En lo alto mecíase la cortina de un ventanal, y las nubes pasaban sobre la luna, y las estrellas se encendían y se apagaban como nuestras vidas. De pronto, allá lejos, resonó festivo ladrar de perros y música de cascabeles. Una voz grave y eclesiástica llamaba:

—¡Aquí, Carabell! ¡Aquí, capitán!...

Era el Prior de Brandeso que llegaba para confesarme. Después oí la voz de mi madre trémula y asustada, y perci-

John Eggling, caballero vagabundo



John Eggling detuvo su caballo y levantó los brazos. Ante él brillaban los seis revolvers de los desconocidos. Uno de ellos, con voz bronca, preguntó:

—Forastero, ¿cómo te llamas?

John Eggling, sonriendo tranquilamente, repuso:

—Mal reciben en «Paul Stotesbury» a los viajeros.

—Según como sean. Soy Newman, el cheriff. Andamos buscando a un presidiario. Se trata de un bandido peligroso. Por eso te conviene enseñarnos pronto tus documentos. John bajó los brazos.

—Bien, señor cheriff, me llamo Eggling. Tenga usted mi cartera de minero. Creo que nací en «Paul Stotesbury», hace unos treinta años, poco más o menos. ¿No oyó usted nunca hablar de mí?

El cheriff, mirándole fijamente, preguntó:

—¿Eres hijo de la vieja Myriam?

—Sí. Ahora vengo a verla.

Pues llegas tarde, muchacho. Tu madre murió hace cuatro años.

El caballo de John pegó un salto, herido por la espuela de su jinete.

La ansiedad se retrató en el rostro del forastero.

—Cheriff, ¿eso es cierto?

—Sí, amigo. La vieja Myriam está enterrada en el cementerio que hizo el pastor Mc. Hugh. Yo la ví muerta. Por cierto que te estuvo esperando hasta el último momento.

—¿Y de qué murió mi madre?

—De vieja, muchacho. Creo que nunca le faltó para comer, gracias a Fisher, el pastor que tenemos ahora.

Siguieron unos breves minutos de silencio. John Eggling miraba a lo lejos. El cheriff, acercando su montura, le devolvió el documento. Luego, con acento indiferente, agregó:

—¿Qué piensas hacer? En «Paul Stotesbury» no hay trabajo y ya no tienes familia. Si te pones a jugar en la taberna de Will me veré obligado a echarte del pueblo. Es mejor que te vayas pronto.

El forastero, sin atender aquellas palabras, replicó:

—¿Dónde está el cementerio?

—Al lado de la Iglesia—respondió el cheriff. Y luego, dulcificando la voz quiso demostrar interés preguntando:

—¿Hace mucho tiempo que faltas del pueblo?

Novela corta, original e inédita de Ramón Ferreira. (Escrita expresamente para ALMINAR)

—Quince años. Vengo de Nevada. He sido minero. Por cierto que...

Pero el cheriff no le oía. Cortando bruscamente la conversación replicó:

—Acaso pueda hablar contigo más tarde. Ahora nos vamos a ver si cazamos a ese pájaro. ¡Adiós!

Hizo una seña a sus hombres y todos partieron a galope.

El forastero se quedó mirándoles largo rato. Newman, el cheriff, llevaba un caballo blanco muy bonito. Cuando se perdieron de vista, John dirigió su montura hacia el sendero, estrecho, tortuoso y de rápida pendiente que conducía al pueblo. Se veían muy bien las casas. Eggling, sin fijarse, iba hablando en voz alta:

—Pues no ha crecido mucho «Paul Stotesbury». Cuando me fui había diez y ocho casas de madera. En quince años bien podía ser esto una buena ciudad.

Movía la cabeza según hablaba. El sol, que empezaba a calentar con fuerza, le hizo picar espuelas. Era un buen jinete. Llevaba como los vaqueros, dos revolvers al cinto y el lazo en la silla. Se adivinaba en su contextura una resistencia poco común. El rostro de facciones regulares, resultaba muy atrayente.

Entró en el pueblo a galope. «Paul Stotesbury» solo tiene una calle. Al principio de ella, John Eggling vió enseguida la taberna. Ató el caballo en la puerta y llegóse al mostrador. El tuerto Will atendía a unos parroquianos. Se le quedó mirando hurañamente. Pero Eggling, sin fijarse en ello: tendió la mano al tabernero, diciéndole:

—Will, soy John, el hijo de la vieja Myriam que murió hace cuatro años... Vengo de Nevada.

El tuerto le apretó la mano con cariño.

—Pequeño ¡cualquiera te conoce!—respondió—¡estás hecho todo un hombre! ¿Que quieres beber?

—Un egg-nog.

—¿Que es eso, muchacho?

—Un aperitivo.—¿No lo conoces?

—No, John. Aquí seguimos bebiendo whisky.

—Bueno. Es lo mismo.

Apoyando los codos en el mostrador siguió:

—Vengo en busca de trabajo, Will. Además quería abrazar a mi madre. Pero el cheriff me dijo que ha muerto. Es una gran desgracia...

El tuerto, fijandose solamente en la primera frase, contestó:

JOHN EGGING, CABALLERO VAGABUNDO

—¿Vienes a trabajar a "Stotesbury"? Muchacho, ¡tu estás loco!. Esto es lo más pobre del mundo.

Entonces me iré. Pero antes quiero ver la tumba de mi madre. Ya sé que ahora teneis cementerio nuevo.

—Sí. Pero dime ¿por qué te vinistes de Nevada?

—Me echaron Will, me echaron.

—¿Y tienes dinero?

—Cuatro dollars.

—Poco es. Anda con cuidado Egging; no hagas nada malo; Newman, el cheriff no gasta contemplaciones.

—Gracias Will por el consejo. Cóbrate el whisky y hasta luego. Voy a saludar al pastor Fisher.

Se estrecharon las manos nuevamente y John salió de la taberna. Montó a caballo para ir a la iglesia. Sentía un poco de angustia en su pecho. Las cuarenta o cincuenta casas del pueblo eran todas desconocidas para él. Vió tres comercios pequeños, sin escaparates. Las puertas estaban abiertas los dependientes se paseaban con las manos en los bolsillos.

—La vida todavía no ha pasado por "Paul Stotesbury", —pensó John Egging. Y luego en voz alta se dijo:—No es bueno soñar tanto con el pueblo donde se ha nacido. Cuando volvemos nos parece insignificante.

Varias mujeres miraban al forastero desde sus ventanas. El caballo de Egging iba al paso y su jinete resultaba muy arrogante. De repente el forastero se fijó en una señora de cabellos grises, que a la puerta de su casa regaba unos tiestos.

—¡Eh! ¡Señora!—gritó—¿Es usted la mujer de Marriott, el que hace medicinas?

—Sí, joven, yo soy. Pero mi marido ha muerto hace diez años. ¿Y usted quien es?

—Soy John Egging, el hijo de la señora Myriam.

—¡Ah!, muy bien, muy bien...

—¿Se acuerda usted cuando yo era novio de su hija, la pequeña Sally?

—Sí, si que me acuerdo.

—¿Que es de ella?

—Se fué a trabajar a San Francisco y allí se ha casado.

—Vaya, menos mal. Pero dígame, ¿dónde está la casa en que yo nací?

—Ya no existe. Estaba situada donde aquella que tiene jardín.

Egging miró hacia atrás. En la mitad del camino que había recorrido veíase un edificio de un piso, sencillo, con una pequeña verja. Le hizo muy mala impresión.

—Era más linda la cabaña de mi madre; ¿no le parece, señora?

—Yo creo que no.

—Bueno. Es lo mismo. Cuando escriba a la pequeña Sally dele recuerdos de mi parte. Ahora voy a ver al pastor Fisher. Adiós.

El pastor Fisher estaba almorzando. Era un joven rubio, alto, de sonrisa muy amable. Le hizo sentar a la mesa y participar de su comida.

—Sí; yo cuido del cementerio. Luego llevaremos unas flores a su madre.

Se hicieron muchas preguntas. El pastor estaba muy preocupado con el presidiario.

—Newman, el cheriff me ha dicho que es un criminal muy peligroso. Antes de dejarse coger morirá matando.

—Acaso ya esté muy lejos—indicó Egging.

—Creo que no—repuso el pastor—Carece de caballo y además debe estar hambriento.

Terminaron de comer y salieron de la casa hacia el cementerio, que estaba al otro lado de la iglesia. Molestaba el sol. Fisher llevaba en la mano un ramo de violetas y John iba descubierto. Ante la tierra que cubría el cuerpo de su madre, Egging se arrodilló. Como no sabía rezar se quedó mirando respetuosamente el letrero de la cruz, que decía:

«Myriam Egging. Llegó con la caravana de Paul Stotesbury, fundador del pueblo. Murió religiosamente».

El pastor Fisher después de pronunciar en alta voz algunas oraciones se despidió de John entregándole las violetas.

—Usted puede quedarse aquí todo el tiempo que quiera. —le dijo—Después me llevará las llaves.

Los rayos del sol caían perpendicularmente. Egging se puso el sombrero y sentóse en cuclillas al lado de la cruz. Había dieciseis tumbas en el cementerio. Cuidosamente hizo un hoyo en la de su madre y colocó las flores.

Sin darse cuenta se quedó dormido. Al mediar la tarde se despertó repentinamente. Oyó ruido y salió del cementerio. El cheriff Newman, sus agentes y una docena de vaqueros pasaron a galope tendido frente a él.

Un niño, de los que venían corriendo detrás de la patrulla, le explicó atropelladamente:

—¡Ya saben donde está el bandido! Se ha refugiado en el ranchito de Coe, que está a una legua. ¡Dicen que le van a colgar allí mismo!.

Egging dejó las llaves en una ventana de la casa del pastor y montó a caballo. Iba a presenciar la captura, pero sin prisa. Sin saber por qué se le ocurrió pensar en Sally, la hija de Marriott el que hacía medicinas.

—Es una lástima que esté casada...

Se encontraba muy solo en "Paul Stotesbury". Comprendía que para seguir viviendo tenía que continuar su peregrinación. Aquél ya no era su pueblo, en el cual tantas

JOHN EGGING, CABALLERO VAGABUNDO

do, todo el mundo, tenía muy pocos atractivos para John, Egging.

—La tonta de Sally hubiera sido feliz conmigo—pensaba—Hacíamos muy buena pareja.... Yo sé trabajar y podíamos tener hijos.

De pronto oyó varias detonaciones. El sol alumbraba todavía potentemente y a lo lejos distinguió un pequeño rancho. Puso el caballo a galope y minutos después estaba junto a los vaqueros de «Stonetbury».

Newman, sobre su caballo blanco, hablaba a gritos:

—Se ha hecho fuerte y no nos podemos acercar hasta que se le acaben las municiones. Ya ha disparado ocho tiros.

Uno de los vaqueros, por decir algo, propuso:

—Es mejor que rodeemos el rancho.

Pero Newman no opinaba lo mismo.

—El rancho no tiene más salida que la puerta. Lo mejor es prenderle fuego por detrás. Así saldrá enseguida.

Esta idea pareció a todos muy bien, menos a John Egging.

—Yo opino—les dijo—que antes de eso vaya un emisario y le aconseje que se entregue. Es más digno para él morir ahorcado que morir entre llamas, como una rata.

—Bueno, ¿y quién va?—preguntó el cheriff.

—Yo—respondió Egging.—¿Cómo se llama el evadido?

—Josiah Schmigt.

Se bajó del caballo y empezó a andar, gritando a toda voz:

—¡Eh, Josiah Schmidt! Soy un embajador. No dispares. Llevaba los brazos levantados y caminaba lentamente.

—¿Me oyes, Josiah Schmidt? Soy un embajador. Debes respetarme...

Ya estaba junto al rancho cuando el otro le contestó:

—Entra, entra. Pero si es una traición te aseguro que

Ante la puerta del rancho el presidiario había formado una barrera de piedras. John se acercó despacio.

—¿Qué quieres?—preguntó el bandido cuando estuvieron frente a frente.

Era un hombre bajo como de cuarenta años, de mirada penetrante y dura.

La camisa, toda rota, dejaba ver el pecho completamente cubierto de pelo negro.

—Quiero aconsejarte que te entregues. Si no lo haces te van a quemar vivo.

Josiah Schmitd enseñó los dientes y escupió con fuerza.

—No me entrego. Si sois hombres, cogedme. No me entrego.

—Se te acabarán las municiones y no podrás luchar.

—Me queda el cuchillo.

—Te rendirá el hambre.

—Resisto mucho.

Hubo un momento de silencio. Josiah Schmid escupió otra vez. Egging bajó los brazos. Sentía que el bandido le dominaba. Había en los ojos de aquel hombre algo extraño que atraía. Para colmo de tranquilidad sacó tabaco y ofreció a John un cigarrillo, diciéndole:

—Seguramente éste es el último que voy a fumar.

Egging, emocionado le preguntó:

—¿Por qué te persiguen?

—Por matar a una mujer...

—¿Nada más?

—Nada más.

Hablaba lentamente, dando grandes chupadas al cigarro, y escupiendo.

—Lo peor es que tengo una hija—agregó—Se va a quedar sola...

El sol se ponía ya en el horizonte. De lejos llegó la voz impaciente de Newman, el cheriff:

—Egging, ¿terminais de una vez?

El vaquero callaba. Estaba sugestionado por la sangre fría del bandido.

Le admiraba. De pronto, con un ademán resuelto, le preguntó:

—¿Por última vez, Josiah Schmidt, te rindes?



JOHN EGGING, CABALLERO VAGABUNDO

Bueno; entonces ¡me quedo contigo!

—¿Como dices?

—¡Que me quedo contigo!

El bandido sin salir de su asombro le estrechó la mano. Una rara simpatía juntó sus corazones. Eggling, con voz nerviosa, satisfecho de su acción, continuó:

—De todos modos ya no tengo a nadie en el mundo. Ahora seremos dos contra veinte. Aquí están mis revolvers....

—Pues empecemos...

(Ilustración de A. Gómez del Barco)

E L M I E D O

(Narración de D. Ramón M. del Valle Inclán)

(Continuación de la página 5)

bi distintamente la carrera retozona de los perros. La voz grave y eclesiástica se elevaba lentamente, como un canto gregoriano:

—Ahora veremos qué ha sido ello... Cosa del otro mundo no lo es, seguramente... ¡Aquí, Carabell!... ¡Aquí, Capitán!...

Y el Prior de Brandeso, precedido de sus lebreles, apareció en la puerta de la capilla.

—¿Qué sucede, señor Granadero del Rey?

Yo repuse con la voz ahogada:

—¡Señor Prior, he oído temblar el esqueleto dentro del sepulcro!...

El Prior atravesó lentamente la capilla. Era un hombre arrogante y erguido. En sus años juveniles también había sido Granadero del Rey. Llegó hasta mí sin recoger el vuelo de sus hábitos blancos, y afirmándose una mano en el hombro, y mirándome la faz descolorida, pronunció gravemente:

—¡Que nunca pueda decir el Prior de Brandeso que ha visto temblar a un Granadero del Rey!...

No levantó la mano de mi hombro y permanecimos inmóviles, contemplándonos sin hablar. En aquel silencio oímos rodar la calavera del guerrero. La mano del Prior...

el cuello despeluznado. De nuevo oímos rodar la calavera sobre su almohada de piedra. El Prior me sacudió.

—¡Señor Granadero del Rey, hay que saber si son trasgos o brujas!...

Y se acercó al sepulcro, y asió las dos anillas de bronce empotradas en una de las losas, aquella que tenía el epitafio. Me acerqué temblando. El Prior me miró sin desplegar los labios. Yo puse mi mano sobre la suya en una anilla y tiré. Lentamente, alzamos la piedra. El hueco negro y frío quedó ante nosotros. Yo vi que la árida y amarillenta calavera aun se movía. El Prior alargó un brazo dentro del sepulcro para cogerla. Después, sin una palabra y sin un gesto, me la entregó. La recibí temblando. Yo estaba en medio del presbiterio, y la luz de la lámpara caía sobre mis manos. Al fijar los ojos, la sacudí con horror. Tenía entre ellas un nido de culebras que se desanillaron silbando, mientras la calavera rodaba con hueco y liviano son, todas las gradas del presbiterio. El Prior me miró con sus ojos de guerrero, que fulguraban bajo la capucha como bajo la visera de un casco.

—Señor Granadero del Rey, no hay absolución... ¡Yo no absuelvo a los cobardes!...

Y salió de la capilla arrastrando sus hábitos talaes. Las palabras del Prior de Brandeso resonaron mucho tiempo en...

GALERIA



Señorita Lolita Cerquilla,
de Ubeda

ESCENA DEL MOSCÓN

por A. HERNÁNDEZ CATÁ



El moscón va de uno a otro lado, golpea los cristales, pasa bajo la lámpara y mancha movedizamente el mantel con su sombra; se posa en el plinto de una de las cornisas del aparador, llena la estancia con la persistencia trémula y turbia de su zumbido...

Los niños—cinco y siete años, ojos traviesos, decisión rápida, larga risa—se ponen de acuerdo para atrapar al importuno y ponerle una cola de papel de seda. El padre, al oír el proyecto, alza la mirada del libro que lee, y les habla así:

—No, de ningún modo debéis hacerlo. ¿Qué mal os ha hecho ese pobre moscón para hostigarlo así? Pensad en lo que sufriríais si un hombre os persiguiera con un pincho en el parque cada vez que os paráis a descansar de una carrera.

Ayer os vi encerrar una mosca en un frasco, y eso es cruel: uná cárcel transparente es algo más horrible que una mazmorra. Acos-

tumbraos, hijos míos, a cometer sólo las maldades necesarias.

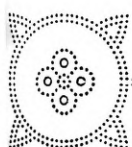
Los niños, pensando en las exhortaciones del padre, renuncian al propósito de ponerle cola. Hay más miedo que piedad en esa renuncia; y en la calma de la noche, apagando el ritmo sosegado de la respiración de las dos criaturas, el zumbido del moscón vibra persistente, trémulo, opaco...



El padre lee con avidez; mas el moscón, con ingratitud digna de ser humana, comienza a volar en torno de su cabeza hasta robarle la atención del libro, y ponerle nervioso, colérico. Varias veces intenta abstraerse: inútil. Se levanta y abre el balcón; pero el moscón no sale y el frío entra. Y al fin, cuando comprende que la lectura es ya imposible, exclama puesta la mirada en los niños dormidos y tendiendo los puños hacia

el insecto, que zumba implacable:

—¡Si pudiera matarlo sin que despertaran!



Leyendas y Tradiciones de Andalucía

MAESE PÉREZ EL ORGANISTA

POR

JOSÉ MUÑOZ DE SAN ROMÁN



Maese Pérez se llamaba el ciego organista del convento de Santa Inés de Sevilla.

De él cuenta la fama que era un santo varón y que, a pesar de que el órgano era pobre y viejo, él sabía arrancarle como celestiales armonías. Sobre todo al alzar la Hostia el sacerdote en la Misa de la Nochebuena.

Y tal era la fama del prodigio, que a la Misa del Gallo, de las monjitas de Santa Inés concurrían por oír el órgano, desde el Arzobispo, Asistente, Señores Veinticuatro y lo más linajudo de la ciudad, hasta la gente humildísima del pueblo.

Cuenta la leyenda que una de dichas noches corrió la noticia de que Maese Pérez no podía llegar por encontrarse muy enfermo, con cuya noticia sufrieron todos los fieles muy triste desencanto.

Mas que, cuando otro organista, envidioso e incapaz, había obtenido el permiso del Arzobispo para sustituirlo, presentóse en el templo Maese Pérez para tocar por última vez—decía—su querido órgano.

Así fué, en efecto, Maese Pérez subió a la tribuna, arrancando al instrumento las armonías más inefables, pareciendo, cuando alzaba la Sagrada Forma el sacerdote, que eran músicas del cielo y voces de ángeles las que se escuchaban.

Mas súbitamente calló el órgano, oyéndose el grito de dolor que lanzara la hija del organista como un desgarrado rumor de trueno al ver que su padre caía muerto sobre el teclado.

Averiguada la causa del grito doloroso, la consternación de los circustantes fué en extremo profunda, lanzándose por todos lastimeras quejas.

Al año siguiente, la misma concurrencia llenaba el templo del convento de Santa Inés, mostrándose ávida por escuchar al organista, envidioso e incapaz, de que antes se hablara.

Y cuánta no fué la sorpresa de los fieles al ver que el órgano tocado por manos del organista de San Bartolomé producía melodías aún más delicadas e inefables que cuando pulsara sus teclas Maese Pérez. Aquél mismo, aunque ufano, no podía ocultar su asombro.

Pero al año venidero tocó el órgano de la Catedral en Misa del Gallo, sufriendo un fracaso rotundo.

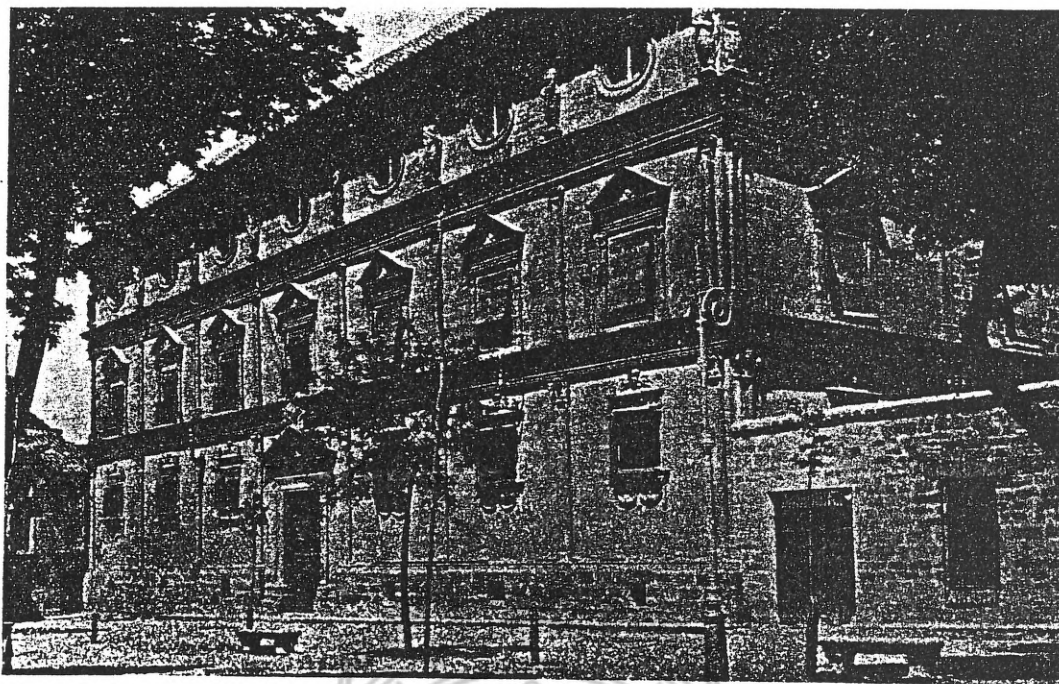
Había entrado en la comunidad de las monjas de Santa Inés la hija de Maese Pérez, y la Superiora indújola con tiernas súplicas a que en la misa de Nochebuena tocara el órgano pobre y viejo.

Por obligada obediencia accedió la nueva monjita, más en el momento de alzar el sacerdote la Hostia, vió con asombro que su padre en persona pulsaba el teclado del órgano, arrancándole las más dulces melodías.

La hija de Maese Pérez, abandonando la tribuna, comenzó a dar voces pregonando el prodigio, que se hacía más patente viendo como el órgano seguía tocando sin que visiblemente persona alguna pulsara su teclado.

La fama del extraordinario suceso corrió de boca en boca entre la gente de la ciudad, y así la perpetúa la leyenda.

El Ayuntamiento de Ubeda



El histórico palacio de Vázquez de Molina o de las Cadenas, hoy Casa Consistorial

NOTAS INFORMATIVAS

Situación de Linares



a bella ciudad del plomo hállase en crisis desde que ha tiempo se iniciara la depreciación en el precio de aquel antedicho metal. La población linarense, de tres o cuatro años atrás, puede casi afirmarse, disminuyó en un tercio de su totalidad. Y que ésto es una triste evidencia, lo dicen de modo harto expresivo los numerosos pisos y habitaciones desalquiladas, que por todas o la mayoría de sus calles se ven.

Urbe próspera, si su industria y sus minas estuvieran en pleno trabajo y florecimiento, hoy está Linares como agobiada bajo la pesadumbre de la fatalidad. El comercio se resiente de la falta de una masa trabajadora, que en éxodo triste, de implacable angustia y necesidad, tuvo precisión de ir a buscar a otros lugares los medios indispensables a su subsistencia y a su vivir. Y no obstante las nobles gestiones y los generosos esfuerzos de los administradores públicos, y de un ilustre linarense como el señor Yanguas Messía, la crisis continúa y no aparece la solución o mejora de un tal y tan crítico estado, que tantos y tan graves perjuicios y retrasos causa al desenvolvimiento progresivo de este pueblo esencialmente laborioso y trabajador.

Este año carecemos de teatros. Sólo unos conciertos de la Banda Municipal y un cine al aire libre son los alicientes

estivales que poseemos para nuestro nocturno esparcimiento y diversión. En la próxima Feria no tendremos corridas de toros, aunque la Comisión de Festejos ha hecho cuanto le ha sido dable por organizar las fiestas de San Agustín con las mayores atracciones. Sin embargo habrá una consoladora realidad.

La traída de aguas

En esos días señalados se inaugurarán las obras de la traída de aguas a esta población. Asistirá probablemente a acto de tal importancia y transcendencia para Linares el presidente de la Asamblea Nacional, y predilecto linarense señor Yanguas. Esa inauguración constituye la mejor ejecutoria del actual Ayuntamiento que ha sabido para realizarla concertar un empréstito de 6.500.000 pesetas en condiciones ventajosísimas y a largo plazo—50 años—de amortización. Y para cuya ejecución, además, ha aprobado un presupuesto extraordinario de 7.414.793,31 pesetas con destino a las obras de alcantarillado y conducción de tan importante abastecimiento, por el que la ciudad linarense puede llegar en muy pocos años a la firme estabilización de su desarrollo y bienestar.

Tal es hoy, a grandes pinceladas, la situación de este pueblo y las incuestionables reformas que en él se avecinan y de las cuales tendremos al corriente a los asiduos lectores de ALMINAR.

F E D E R I C O F O R C A D A

COMENTARIOS INTRASCENDENTES

- Pío Baroja, el vasco de la prosa dinámica -

Contextura quebrada de cortantes sinuosidades. Perfiles valientes de acantilado cántabro. Ligereza esbelta. Ingrávida austeridad elegante. Todo gris. Gris perla en el cielo; gris brillante, de plata fundida, en el mar; gris plomo en las rocas de la costa; monotonía grisácea en el ambiente, sobre el verde jugoso de la tierra, en los húmedos días de Vasconia. Prosa enjuta, amojamada, sóbria, sin color, como sus hidalgos altos y magros de mostachos negros, cetrina la cara y mirar altanero; y como sus casonas seculares de oscuras piedras y escudos nobiliarios, sobre portadas platerescas, sombreadas por el liquem verdinegro. Trasciende la sobriedad aún describiendo las regiones pletóricas de luz y fuerte colorido. Dinamicidad intensa que acelera la acción. Palabras que parecen proyectadas con un aliento de vida pujante. Cada concepto es el cuadro de una película que, al persistir en el entendimiento, se liga con el siguiente originando, por la rapidez, un movimiento continuo. La prosa de Baroja fué una vanguardia del cinematógrafo. Hoy todavía, ante algunas películas de técnica avanzada recordamos, con insistencia, los libros del insigne vasco. Castellánísima y sonora prosa, recia como la virtud de Loyola; y deleitosa, brava y fluída como el indómito mar que azota las bellas costas de Cantabria.

El humorismo que flota en su obra

Seguramente de Galicia ha nacido una imposición literaria: «el humorismo colta». Al propalarse esta especie, las demás regiones y variedades raciales quedan como huérfanas para enterarse y hablar, con más o menos gracia, de aquellas debilidades humanas que nos parecen grotescas. No es bueno generalizar intensamente. Ni están todas las flores en Valencia, ni en La Ysla todas las bocas, ni todos los humoristas en Galicia. Y es necesario adoptar un aire más concreto al emplear el término humorista. Está a un paso; el humorismo, del gracejo irónico y su confusión es muy fácil. El más popular de los humoristas gallegos se quejaba de esta profesión que las gentes han escrito en su ficha. Y de cual creen que es su significado. He oído decir que contaba con amargura el caso que le ocurrió en una librería. Entra a la tienda un señor con aspecto de burgués tranquilo y pide su último libro que acababa de publicarse. Lo mira en todas direcciones, como si fuera una caja de sorpresas y encarándose con el mismo escritor, a quien no conocía, le dice:

—Veremos a ver si con éste me río más, porque lo que es el otro que me llevé no tenía ninguna gracia.

Creo que el gran Fernández Flórez—no hay por qué ocultar su nombre—le aconsejó caballeramente, que dejase el libro y se llevara un tomito de chascarrillos baturros de 0'25.

Es lamentable tomar por humorismo todo lo que

de una forma más o menos fácil excita nuestra hilaridad, ni son sus rasgos finos y profundos la chispeante charla del ayuda de cámara que habla de las intimidades de su señor.

En los libros de Baroja flota como un vaho de humorismo que es algo accesorio y puramente accidental. Está como el rocío sobre las plantas, salpicando la acción. Baroja no busca los contrastes para hacer humorismo, éste se desprende espontáneamente de su obra. No está en la forma, sino en las ideas. Por eso no hace reír. A lo sumo, suscita una sonrisa amarga. Admirable humorismo, friamente escéptico, el de este vasco artista, tan fino y agudo observador que nos muestra en unos de los vicios y las injusticias en otros, como pústulas naturales y crónicas del cuerpo social.

Impresiones de matices ideológicos

Aún tiene suspendido el bisturí en el aire. La mirada penetrante, escrutadora, en el cuerpo informe, en las arborescencias nerviosas en los músculos; la atención fija en las vísceras sangrantes sobre la cristalina mesa; una sagacidad observadora hacia los tan complicados órganos de secreción. Es un caso patológico, original, inquietante... Una auptosia difícil, larga como una vida. Treinta años sobre este sugestivo y atrayente cadáver de nuestro siglo XIX. Aún tiene suspendido el bisturí en el aire.

Preciosas enseñanzas de esta disección que ha legado espléndidamente. Combinación de elementos con arte depurado para el admirable parto de tipos y caracteres en un desfile inacabable. Personajes que viven, al pasar las páginas, con vida propia, emancipada, sin que el que los creó, sienta—alegría o compasión—con ellos, abandonándolos friamente a su existencia fatal y ficticia, aunque, para esto parezca que Baroja tira el corazón al coger la pluma.

Cervantismo que le lleva a exponer sus teorías interesantísimas y los más ingeniosos pensamientos por boca de personajes tan varios y tan psíquicamente declineados. De un modo superficial, es probable que se crea otra cosa de ellos.

Regionalismo vasco en una fidelísima realidad. Todo cuanto es el arte en la bella historia de este país. Supersticiones oscuras de noches abática. Pueblo fecundo en aventureros, navegantes de todos los océanos, verdaderos arquetipos de la raza. Espíritus sanos, buen campo para el fanatismo de las ideas.

*
*
*

Pío Baroja, el novelista que ha llegado a su edad madura. Uno de los escasos admirados y acatados por los jóvenes de hoy y por los de ayer—los viejos de ahora—que tiemblan de emoción, sacudidos por los recuerdos de aquellas lecturas de su adolescencia que el ambiente impropio hacía morbosas. Aún tiene suspendido el bisturí en el aire.

F. RUIZ FERNÁNDEZ

Ubeda, Agosto, 1929.

Teatros - Cines - Deportes - Toros

BOXEO

Organizada por la empresa del cine de la Plaza de Toros y por el «Club Gimnástico Ubetense», se celebró la anunciada velada de boxeo, el pasado día 15, constituyendo un notable acontecimiento para los numerosos aficionados a este vigoroso deporte, que en Ubeda existen.

Tomaron parte en ella, diversos púgiles de la localidad y de otros varios puntos. La lucha, en todo momento interesante, provocó la expectación de los asistentes al acto, que salieron plenamente satisfechos del espectáculo.

Nuestros plácemes a los organizadores, deseando que se repitan estos «matches», intensificadores del ambiente entusiasta que ha conseguido en nuestra ciudad este juvenil deporte.

TEATRO

En el teatro de verano del Sindicato Agrícola, se estrenó la celebrada obra de Quintero y Guillén, titulada «La copla andaluza», por la compañía de dramas y comedias Gamiz.

CINE

Esta noche se estrenará en la pantalla del cine de la Plaza de Toros el primero y segundo capítulo de la magnífica película de la casa Gaumont, «El Fantasma del Louvre».

BELMONTE

Sin compañero ni émulo—¡oh inolvidable Joselito el Gallo!—curvado el torso por el peso de sus laureles, Juan

Belmonte—milagro de vocación por el arte—se resiste entrar en el pasado bajo el arco triunfal que le preparó admiración de las multitudes.

En la majestad serena de su crepúsculo—venturosamente dilatado—el reposo augusto de sus laureles—por el más lento, como si temiendo ser los últimos, rehuyeran desenlace ineludible—pone en la dureza de la lidia una nota de inefable paz y es para los demás lidiadores—entre nosotros aprendices del trianero insigne—clara enseñanza cómo debe torear.

Alejado hoy de los ruidos, Juan es todavía la más asidua esperanza de los aficionados taurinos. Y cuando años triunfando de los indesencajados designios de su corazón, le fuercen a romper sus desposorios con la fiebre brava—de lo que es signo el anillo de arena testigo de sus triunfos—, será por siempre el más caro de los recuerdos.

EL GALLO

Ninguno como él supo avalorar las alegrías de la escuela sevillana con la belleza de la actitud. Ni nadie igualó sus graciosas creaciones de su fantasía, inventora de mil sucesos nuevas, llenas siempre de airoso majeza y olvidadas tan pronto como concebidas.

Pródigo de la riqueza, como del acero innúmero de su arte, esparció el bien en torno suyo y nada reservó para sí. Viejo y gastado, por sí mismo condenado a la amargura eterna de la lucha por la vida, cuando con la popular aristocracia que hay en sus maneras saluda a los aplausos extendido se yergue su cabeza yerma con un gesto de estúpida tristeza. Y se adivina en el artista incomparable el resignado aguardo de ese día—que tal vez nunca llegue—en que pueda poner rúbrica, al pie de su gloriosa historia taurina, la galla sinuosidad de la última revolera...

ANECDOTARIO

LAS ERRATAS

Byrón no se preocupaba tanto del éxito de sus obras como de la corrección con que deseaba que fueran impresas. «El más pequeño error tipográfico—escribía a su editor Murray—me mata. Corregid cuidadosamente las pruebas si no queréis ponerme en el trance de que me corte el cuello.»

El poeta Alexandro Guidi, que había dedicado un libro de poesías al Papa Clemente XI, antes de ir a ofrecerle el ejemplar de lujo que mandó hacer expresamente para Su Santidad, descubrió una errata que falseaba completamente su pensamiento, y tal impresión le produjo, que, a consecuencia de ella, sufrió una enfermedad, de la que murió.

El editor Magrini, de Venecia, tuvo el valor de destruir toda la edición de una obra, por haber encontrado varias erratas en su impresión.

En la historia de las erratas de imprenta—dice el periódico americano del que tomamos estas notas—no se puede olvidar lo que le ocurrió a Malte Brun.

Había mandado a la imprenta un artículo en el que, hablando de una montaña, decía que tenía de altura 36.000 pies sobre el nivel del mar.

En las pruebas notó el sabio geógrafo que, al componer, habían añadido un cero a la cifra dada por él.

Corrigió la errata, le fueron enviadas nuevas pruebas, y vió con estupefacción que, en vez de quitar el cero, habían puesto otro más, con lo que resultaba que la montaña tenía 3.600.000 pies.

Exasperado, Malte Brun escribió al margen de la prueba, que devolvió a la imprenta: «¡Dije 36.000 pies, 36 millones de bestias!»

LOS CABELLOS CORTOS

La moda tan generalizada entre las mujeres de toda Europa, de cortarse el pelo a lo bebé no es una cosa nueva.

Al principio de la Edad Media la larga cabellera, lo mismo en los hombres que en las mujeres, era signo de nobleza y de libertad; pero las mujeres y las hijas de los siervos y de los campesinos estaban obligadas a llevar el cabello corto. Una dama de alto linaje solamente se cortaba el pelo para hacer voto de humildad, para renunciar a las vanidades del mundo, entrando en un convento.

Las reinas y las princesas llevaban los cabellos largos y rizados, cayendo sobre las espaldas, y ungidos con grasa animal, con una especie de crema hecha con leche de yegua.

Pero ya en el siglo XII, especialmente en Francia, muchas señoras usaban los cabellos cortos.

En un sello de 1270 la condesa Juana de Tolosa está retratada con ricas vestiduras, con una soberbia capa y con la cabeza enteramente rapada.

Claro es que no todas las señoras nobles adoptaron una moda tan poco graciosa; pero desde entonces comenzaron a desaparecer las largas trenzas, las coronas y los velos para dejar el puesto a una toca o birrete de gusto oriental que luego fué substituído por la cofia.

Esta en los primeros tiempos era enormemente grande; de tales dimensiones, que hubo predicadores que cerraron contra ella «en nombre de la dignidad de los pobres maridos», los cuales parecían «pequeños arbustos perdidos en un bosque de cedros» cuando se hallaban con las mujeres.

Hacia la mitad del siglo XV cesó la moda de cortar los cabellos femeniles.

PASTORA IMPERIO

Sacerdotisa egregia del caticismo de Andalucía, la hermosa gitana de los ojos claros resistió la avalancha de todos los exotismos, y — símbolo de su Sevilla, relicario eterno de tradiciones—supo mantener y pasear triunfalmente por el mundo, la pureza de su arte.

Hay en el rito de sus bailes únicos, cuando la arrogancia del cuerpo escultural escorza envuelta en la flamenca bata

de cola, ondulación de ola y retorcimiento de llama. Y es evocación mórbida, adorable, de aquel sevillanísimo patio de Novedades—templo y albergue de lo típico andaluz, que una piqueta profanadora arrancó un día de entre las cosas vivas—sobre cuyo tablado y al alegre repique de tacones y castañuelas tuvo prólogo la perennidad de su fama.

MORENO Y MOLINA

Almacén de Maderas

Fábrica de Muebles

UBEDA

(JAÉN)

H. MAS

Prior Blanca. II

Teléfono 229

Cuartos de Baño

Instalación de timbres en
todas las habitaciones

Café Más

REAL, 18 Y 20

Exquisito café Expres

Bebidas Extranjeras
y Nacionales

Aperitivos variados

Propietario: SEGUNDO MAS ESPEJO

UBEDA (Jaén)